

MADRE Y REINA



CUANDO el Verbo espiraba en el Calvario, dando fin á la sublime misión que trajo á la tierra, sus labios divinos se abrieron para pronunciar varias palabras, que los hombres han recogido como el tesoro más preciado, y la norma de conducta más segura, en las situaciones todas de la vida.

Allí, al pie del ensangrentado madero se destacaba sobre el fondo azulado del espacio una forma purísima, un ser predestinado para llenar el compendio de todas las perfecciones, el arquetipo de todas las virtudes.

Era María, la Virgen Madre, la corredentora del humano linaje, que apuraba á la vista del pueblo deicida, el cáliz de la mayor amargura y descónsuelo que registra la historia de todas las edades.

Cerca de ella el apóstol amado contemplaba la agonía del Hijo y los tormentos de la Madre; una atmósfera caliginosa envolvía aquella escena de muerte, y los juramentos del soldado se mezclaban con las blasfemias del criminal que expiaba sus culpas, en igual patíbulo en que el Justo por excelencia purgaba los pecados de la raza de Adán.

Estaba á punto de sonar la hora en que se consumaría la más atroz de las iniquidades; la tumba iba á abrirse sobre aquel cuerpo formado por el mis-

mo Dios, para soportar las miserias todas de la humanidad, menos el pecado; iba á dar fin una vida santísima, á cuyo ejemplo los hombres despreciarían las pompas del mundo, para tener derecho á remontrarse á la Jerusalem celestial; el sacrificio concluía, y una nueva era iba á trastornar reinos y ciudades, cambiando por completo las corrompidas costumbres de los pueblos paganos.

Entonces, aquellos ojos moribundos, pero cuyo fulgor era aún capaz de humillar al sol, y aquellos labios cárdenos que sólo pronunciaban palabras de meritisima unción y caridad, volviéndose al discípulo le dicen: *Ecce mater tua*, he ahí á tu madre. Y Juan desde ese momento fué el hijo de María; María desde entonces fué la madre de Juan, y por ende la de todos los hombres á quienes representaba el Apóstol.

Jesucristo, pues, no sólo nos legaba su vida immaculada, sus tormentos cruelísimos, su sangre preciosa para rescatarnos de la esclavitud á que nos sujeta el pecado de Adán, sino que además nos entregaba su propia Madre, esa Madre purísima que se llama con toda justicia Consuelo de los afligidos y Refugio de los pecadores.

¡Qué dón más precioso, digno de la munificencia de un Dios Omnipotente!

Y María, aceptando esa divina maternidad, nos acogió amorosa bajo su manto, y no ha desmerecido un solo punto la confianza que en ella ponen los desterrados en este valle de miserias.

¡Qué raro, pues, que en todos los pueblos se venera ese nombre que el cristiano lee escrito con estrellas en el azul firmamento? ¡Qué más natural que los pueblos todos se prosternen en su obsequio y en su alabanza se abran todos los labios?

Pero María es una Madre superior á todas las Ma-

dres del Mundo. Aquellos que sienten aún en su frente el amoroso beso de la mujer que los llevó en sus entrañas; aquellos que no han derramado aún las ardientes lágrimas del huérfano, son menos capaces de comprender lo que valen los obsequios tributados á María, á la Madre celestial que reemplaza á la que perdieron en la tierra, y cifra su gloria en consolar el llanto de los que gemimos en la orfandad.

Natural es que á tan excelsa Madre se tribute un culto que sólo es inferior al del Creador, y cuando los beneficios que nos prodiga María alcanzan á todo un pueblo, ese pueblo que ya la ama como á Madre, la jure por su Reina y haga todos los esfuerzos posibles para coronar su Imagen, como un homenaje de respeto, como la prueba más inequívoca de que le rinde vasallaje y se entrega por completo bajo su soberana dependencia.

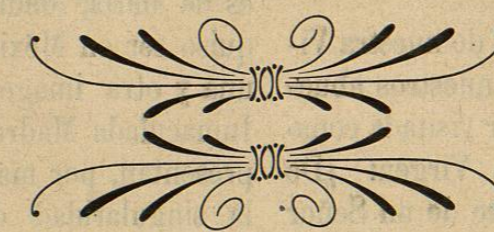
Hé aquí por qué León se adorna y atavía con sus mejores galas para tal solemnidad; hé aquí por qué

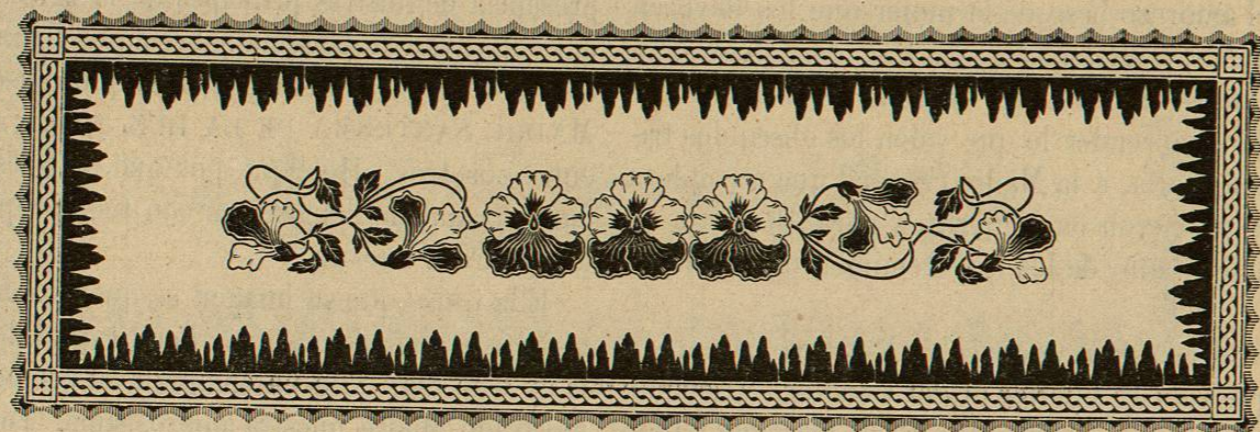
ante numeroso concurso de propios y extraños, y en presencia de ilustres príncipes de la Iglesia Mexicana, coloca áurea diadema sobre aquel lienzo, trasunto fiel de la Virgen sin mancilla, que quiso llamarse MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ, y fijar su mirada entre nosotros. Hé aquí por qué, al prosternarnos ante su altar, la llamaremos con toda propiedad Madre y Reina nuestra.

Ella quiso que su imagen se quedara en el recinto de esta ciudad; nosotros hemos querido coronarla en este día. Ella ha cumplido su promesa y se ha mostrado Madre nuestra amorosísima. Toca á nosotros ahora no olvidar el juramento que le hemos hecho, y que nuestra conducta, como vasallos, no trueque esa corona de oro en la de espinas que llevaba su santísimo Hijo cuando nos la legó por Madre en la cima del Gólgota.

León, Octubre 8 de 1902.

JUAN TORRES SEPTIEN.





LOS DOS RETRATOS.



El día 2 de Julio de 1732, recibía la entonces Villa de León, justamente regocijada, y como un tesoro del cielo, el Cuadro original de la Madre Santísima de la Luz.

La humildad de nuestra Villa pudo arrancar de los labios de nuestros abuelos, las palabras de Santa Isabel, al ser visitada como entonces nosotros, por la Santísima Virgen: ¿De dónde me viene á mí el que la Madre de mi Señor me venga á visitar?

Pero nosotros, más felices que Santa Isabel, conservamos hoy, como el primer día, la presencia de nuestra amorosa Madre, en su misterioso Cuadro. María se ausentó al fin de su Prima, pero está con nosotros en su auténtico Retrato.

Los leoneses, como todos los mexicanos, fuimos hijos de María en la cumbre del Tepeyac, á la manera que fuimos hijos de María en la cumbre del Calvario.

México es á María lo que José á Jacob, pero León es su Benjamín, es decir, el hijo más querido.

Así como Benjamín fué amado de Jacob, como todos sus hijos, León fué amado de María, como todos los pueblos mexicanos; pero así como Benjamín fué el hijo más querido de Jacob, León fué el predilecto de María.

En prueba de su amor, dió María á México su retrato, en su imagen de Guadalupe, pero habiéndolo dado para todos los mexicanos, nos distinguió de todos, dándonos un retrato especial en su imagen de la Madre Santísima de la Luz.

México es la nación escogida de María; pero León es la parte escogida de lo escogido. Somos felices por ser mexicanos; pero más felices todavía, por ser mexicanos leoneses.

María de Guadalupe, como Madre de los mexicanos, tiene derecho á nuestro amor, porque los leoneses somos mexicanos; pero nuestro amor especial es de María, Madre Santísima de la Luz, porque ella quiso ser en México, la Madre de los leoneses. Y en una y otra imagen no hacemos más que amar á la Inmaculada Madre de Dios, á quien una y otra representan, por más que particularmente estimemos la singularidad de nuestro dón, en la Imagen de la Madre Santísima de la Luz.

Cristo amó á sus apóstoles, pero sólo Juan se reclinó en el amante pecho de Cristo. Esta distinción que con frecuencia hacen los padres de familia con alguno de sus hijos, sin ofensa de los demás, la hizo Cristo con Juan, el discípulo amado, y María, Madre Santísima de la Luz, con sus leoneses.

De lo dicho se sigue la grandeza de nuestros deberes para con María. Como hombres le debemos amor, como mexicanos gratitud, y como leoneses amor, gratitud y acción de gracias.

Gracias, pues, te damos, agradecidos y amorosos ¡oh Madre Santísima de la Luz! por tu predilección y favores, nosotros los venturosos hijos de León.

Grande es nuestro amor, como grande es nuestra gratitud; pero siendo públicamente notorios el amor y la predilección de María en nuestro favor, no se-

rían debidamente correspondidos de nuestra parte, si solamente ante el cielo y en el silencio de nuestra oración, pagáramos los beneficios que ha presenciado la tierra.

Publique, pues, la tierra, que los agradecidos hijos de León pagamos hoy, por Ministerio del Papa, representado por nuestro Ilmo. Prelado con corona de oro romana, la deuda de nuestra gratitud. León XIII, nuestro muy amado León, paga hoy por nosotros á María coronándola, nuestras deudas de amor y gratitud; y la tierra da testimonio del cumplimiento filial de nuestro deber.

Así como León está con México, como buen mexicano, amando y bendiciendo á María, en su imagen de Guadalupe, hoy México está con León, representado en sus Obispos, pagando sus deudas de amor y gratitud á María, en su imagen de la Madre Santísima de la Luz. Ellos han venido desde lejos á la fuente de nuestro bien, y han sacado en favor de sus diocesanos, agua de las fuentes del Salvador. Ellos han prometido al pie de sus altares, trabajar por que el corazón de sus hijos sea digno de figurar en el simbólico canastillo, que en su misterioso cuadro presenta un ángel al divino Jesús, porque en él han colocado el suyo de Padre y Pastor. Ellos aman á la Madre Santísima de la Luz, y para Ella quieren lo que es de ellos por el amor. Por el amor que tienen á sus diocesanos, los quieren amantes de María, y por María dignos de la Luz de que Ella es Madre.

¡Madre Santísima de la Luz! Si el pago de nuestra gratitud, es razón de nuevos favores, los queremos tan nuevos, que veamos no solamente el corazón de los buenos en el canastillo del ángel, y en-

cendidos al contacto de tu Divino Niño, sino también arrebatados por tu poderosa diestra, de la vida del pecado, á aquellos que, próximos á caer en las fauces del dragón infernal, vuelvan arrepentidos á la luz de tu Luz. Todo lo puedes, Señora, con un esfuerzo supremo de la Divina Gracia, que Dios ha puesto á su favor en tus maternales manos. Esto te pedimos, Señora, porque queremos que sean salvos en ti y por ti todos los mexicanos: haz que los impíos que hoy te aborrecen, aborrezcan su pecado y te amen como te amamos.

Ten piedad de la Iglesia y del Sumo Pontífice que honran á la manera que Jacob ante la túnica ensangrentada de José, la muerte desastrosa de sus hijos.

No olvides, benignísima Madre, á la Iglesia Mexicana, amenazada hoy como nunca, por el lobo devorador de su grey.

Que la Diócesis de León sea siempre digna de la gracia que hoy le concedes: que nuestro Ilmo. Prelado, su Cabildo y Clero sean dignos de tus favores, y sus ovejas dignas de sus Pastores.

Enciende, Señora, el patriotismo de todos los mexicanos para que México no perezca.

Conserva la vida de nuestro Presidente, dale luz para que conozca nuestro bien y voluntad decidida para obrarlo.

Aparta el error de nuestros caminos para que lleguemos á Ti y en Ti á Jesús, fruto bendito de tu purísimo vientre.

¡Madre Santísima de la Luz! Que nuestros padres, á quienes debemos el amor que tenemos, gocen de la paz eterna, y que nosotros y nuestros hijos te alabemos eternamente con ellos.

SIMEON SANCHEZ.

